

La Inevitable Imperfección

El trayecto hasta el estudio de Juanma Lorenzo dura apenas veinte minutos en coche. La frescura de la mañana y la música clásica en el camino funcionan como una antesala de lo que está por suceder en su espacio creativo. El estudio, situado en un enclave apartado, se abre a la naturaleza: un entorno sereno que invita a la contemplación y al recogimiento necesarios para la creación artística.

Al llegar, impresiona la abundancia de materiales dispuestos por el taller y la presencia de numerosas obras en distintos estados de desarrollo. Todo respira un ambiente de calma y concentración. Las pinturas de Lorenzo dialogan con la vida misma: evocan la fragilidad y la fortaleza del ser humano, el acto de romperse y recomponerse, y una vivencia del tiempo que no avanza de manera lineal, sino como un proceso de pausa, sanación y autoconocimiento.

Su jornada de trabajo comienza colocando sobre el suelo piezas de gran formato. Observarlo es asistir a una especie de danza creativa: sus movimientos acompañan una experimentación continua con pigmentos, cenizas, grafito y materiales reciclados. En su proceso, el error no solo es aceptado, sino deseado como parte esencial de la obra. Esa apertura convierte la creación en un ejercicio de libertad radical, donde lo imprevisto adquiere valor.

En sus piezas late algo metafísico. Su universo plástico, sostenido por la disciplina y la experiencia vital, logra una conexión con lo trascendente que se manifiesta a través de la materia. El color, tratado con maestría, revela la evolución de su trayectoria. En particular, en su serie más reciente se percibe un elemento que se repite y es la división de la obra entre amplias tonalidades de blancos y negros. Juanma despliega un repertorio de matices casi infinitos: sutiles transiciones, veladuras delicadas y profundidades que envuelven.

En sus obras se advierte un acento de influencia asiática, donde el tiempo no se concibe como una línea recta, sino como un movimiento interior, cíclico, que invita a detenerse y respirar. Esta percepción transforma cada pieza en un espacio de silencio y equilibrio, en el que la materia se convierte en un vehículo de lo espiritual.

Su obra, más que una representación del mundo, es una forma de diálogo con él. Cada trazo, cada superposición de materia, parece surgir de un impulso interior que busca comprender lo invisible. En su pintura no hay urgencia, sino escucha. Juanma Lorenzo nos invita a mirar más allá de la superficie, a detenernos en el silencio que habita entre las formas y a reconocer en la imperfección un camino hacia lo esencial.

En un tiempo dominado por la velocidad, su trabajo propone lo contrario: una experiencia pausada, casi meditativa, donde la mirada se convierte en acto de conciencia. Su pintura no solo ocupa un espacio, sino que lo transforma, recordándonos que crear es, ante todo, un camino de aproximación a uno mismo.

Judit García-Talavera